

ORIENTALISMO Y NACIONALISMO ESPAÑOL: ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE FRANCISCO JAVIER SIMONET Y EL ARABISMO ESPAÑOL¹

Orientalism and Spanish Nationalism: some Considerations on Francisco Javier Simonet and Spanish Arabism

Fernando GRANELL OLSZEWSKI
Universitat de València
<https://orcid.org/0009-0001-8121-3504>

Recibido: 08/09/2023 Revisado: 01/12/2023 Aceptado: 09/01/2024

RESUMEN: en la configuración de la identidad nacional española el juego entre Oriente y Occidente tiene un papel sustancialmente más relevante que en otras regiones europeas. Durante el siglo XIX, con el auge del Romanticismo y la moda oriental, el gremio arabista se esforzó en rescatar y situar el pasado musulmán de la Península en algún lugar cómodo de la ficción fundacional de la nación española. Lejos de ponerse de acuerdo, los arabistas dialogaron con el mito romántico incluyendo y excluyendo el pasado andalusí de sus narrativas nacionales, ligadas estrechamente con un proyecto político determinado. Este es el caso de Francisco Javier Simonet, a través del cual se pueden analizar estos discursos tanto en su vertiente liberal como en su vertiente tradicionalista. Centrándonos en sus textos escritos en torno a la Guerra de África (1859-1860), se pretenden aportar unas cuantas consideraciones entre la vinculación del arabismo y la creación de un discurso de la nación imperial.

Palabras clave: arabismo; orientalismo; nacionalismo; imperialismo; Guerra de África.

1. Agradezco a Xavier Andreu sus oportunas correcciones y consideraciones.

ABSTRACT: in the configuration of Spanish national identity, the interplay between East and West plays a substantially more important role than in other European regions. During the 19th century, with the rise of romanticism and oriental trends, Arabists strove to rescue and situate the Muslim past of the Peninsula in a comfortable place within the founding fiction of the Spanish nation. Far from finding common ground, Arabists engaged in a dialogue with the romantic myth, both including and excluding the Andalusian past from their national narratives, which were closely linked to a particular political project. Such was the case of Francisco Javier Simonet, whose discourses can be analysed in both their liberal and traditionalist facets. Focusing on his texts written around the African War (1859-1860), the aim of this article is to provide a few considerations on the link between Arabism and the creation of an imperial nation discourse.

Keywords: Arabism; orientalism; nationalism; imperialism; African War.

1. INTRODUCCIÓN

Como ya han estudiado numerosos autores, en la transición entre los siglos XVIII y XIX se produjo la aparición de las primeras naciones modernas europeas. Esto estuvo estrechamente relacionado con un proceso de redefinición de una serie de identidades y conceptos como pueden ser el de norte-sur, Occidente-Oriente o femenino-masculino... Este proceso de «redefinición» otorgó al pasado de las «naciones» una importancia fundamental a la hora de imaginar estos conceptos. A su vez, la zona mediterránea y los Balcanes parecían tener una especificidad que, según la nueva lógica, debería influir en los habitantes contemporáneos: una historia estrechamente vinculada con lo islámico (Bolufer 2016, Andreu y Bolufer 2023).

Estas voces cogieron impulso con la moda romántica de principios del siglo XIX. La sensibilidad de los autores románticos por lo exótico e impoluto de la modernidad, encontró un tesoro en el pasado islámico de estos espacios geográficos, en especial, la península ibérica. Durante las primeras décadas decimonónicas la nación española fue semiorientalizada por toda una serie de autores tanto extranjeros como nativos, dando como resultado un diálogo que trataba de situar el pasado islámico dentro de la narrativa fundacional, con su respectivo reflejo en los ciudadanos españoles contemporáneos (Andreu 2005).

La imagen «negativa» de una España subyugada por las pasiones y el exotismo musulmán acabó siendo la dominante. Una imagen sancionada a ojos de los europeos como consecuencia de la deriva de la política interior. La intervención de los Cien mil hijos de San Luis acabó confirmando que aquel carácter nacional tan celebrado con los levantamientos contra Napoleón de 1808 era, en realidad, una muestra del carácter pasional e incapaz de gobernarse de los españoles (Andreu 2016). Sin embargo, ello no impidió que se reprodujeran a lo largo y ancho de Europa todo tipo de discursos, desde aquellos que exaltaban el pasado andalusí –ya sea en términos positivos o negativos– hasta los que incluso trataron de negar toda influencia (Andreu 2009).

Este diálogo y negociación del mito tuvo a un protagonista esencial al que no se le ha solido prestar mucha atención, tanto para estudiar su papel en el proceso de construcción nacional como, más específicamente, en su diálogo con el mito romántico de España: el gremio arabista. Dentro de este destaca una figura algo controvertida por sus posicionamientos (*a priori*) «a contracorriente» en un sector dominado, en este periodo, principalmente por personalidades adscritas al liberalismo. Hablo de Francisco Javier Simonet (1829-1897), autor que en su madurez académica se dedicó a negar cualquier influencia positiva que la civilización islámica pudiera haber prestado a la nación española. Todo ello acentuado de un profundo catolicismo que ha funcionado en buena medida como precedente e influencia de discursos reaccionarios actuales sobre el pasado (García Sanjuán 2016). En las siguientes páginas, analizaré el contexto tratando de establecer un escueto análisis sobre el papel de los arabistas en este contexto de las décadas centrales del siglo XIX, el cual vio un creciente interés por lo oriental a causa de las tensiones con el Imperio marroquí. Así pues, el resultado de esta investigación trata de dialogar con una serie de postulados que creemos matizables. Primeramente se pretende repensar la figura de Simonet como un arabista que, al menos hasta la revolución de 1868, estuvo adscrito al liberalismo moderado. Asimismo, aunque existen estudios que ya han vinculado su relación con la ideología colonial desplegada en sus comienzos periodísticos (López 1971), no se han puesto en relación con el liberalismo político, pues no se ha tenido en cuenta la posibilidad de pertenencia a esta cultura política, sugiriendo, ya durante la campaña africana, una actitud «anacrónica ya en la segunda mitad del siglo XIX» debido a su vinculación con el integrista (López 1977: 53-54). Finalmente, pretendemos reconsiderar el lugar del arabismo en la construcción de una idea imperial de la nación española situándolo en el centro de estos discursos.

2. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL ARABISMO

El arabismo moderno español nace, en buena medida, como una cristalización de diferentes procesos culturales de la primera mitad del siglo XIX (Saglia 2014). Por una parte, tenemos la propia moda orientalista y romántica europea con la consiguiente conformación del mito romántico de España y, a su vez, una escritura histórica, retrospectiva, que pretende rastrear los orígenes de la nación española. El arabismo moderno español responderá a todos estos aspectos. Surgirá como un gremio que, a diferencia de sus colegas de otros Estados, tendrá como centro de atención la introspección en «su propio» pasado, lengua y cultura, tratando de situar el periodo medieval andalusí dentro (pero también fuera) del relato fundacional de la nación española, tal y como apunta Aurora Rivièrè (2000). Contrariamente a lo que se había escrito hasta entonces, el arabismo debe tenerse muy en cuenta debido al privilegiado lugar de estudio que ocupó dentro de la conformación de la identidad nacional española.

Aunque existe una fuerte tradición arabista moderna e ilustrada en la Península bien estudiada (Fernández 1991, Rodríguez 2017), la configuración de la disciplina en términos de introspección nacional debe buscarse en los golpes al proceso revolucionario de 1814 y sobre todo el de 1823, los cuales tuvieron como consecuencia un exilio masivo de liberales e intelectuales afines, principalmente, en Londres. Allí entraron en contacto más estrechamente con toda una serie de visiones sobre su país que hizo amplificar el debate de la España oriental. Los autores españoles convivieron con lo que creían que era, en muchos aspectos, una visión negativa de su nación. Eran conscientes de que celebrar una España dominada por la pasión, la sencillez y una voluptuosidad características de Oriente era excluirla de la europeidad y, con ello, de la modernidad y la civilización. Es también en este momento en el que se escribe la pionera obra del liberal ilustrado José Antonio Conde: *Historia de la dominación de los árabes en España* (1821). En ella, se incluía la visión árabe dentro de una historia de España y se recuperaba el relato ilustrado de un pasado andalusí idealizado en el mito de la tolerancia (Álvarez Junco y La Fuente Monge 2013: 207-233). Los postulados de Conde se popularizaron enormemente entre los exiliados liberales durante estas décadas, y la temática árabe inundó su producción literaria. Junto a ello, también se ha argumentado que esta recuperación del pasado andalusí está estrechamente vinculada a un sentimiento de derrota generalizado tras la experiencia del Trienio, identificándose en algunos casos los escritores con el «bando perdedor» del medievo peninsular (Torrecilla 2016). Esta añoranza de la «España tolerante» que imaginaban en el pasado andalusí tuvo algunos exponentes en autores como Pablo Mendíbil o José Joaquín de Mora, que celebraron lo «realmente español» como aquello árabe. Sin embargo, estas posturas no dejaron de ser una minoría en la totalidad del liberalismo y las respuestas no tardaron en surgir por parte de figuras como José María Blanco White o Antonio Alcalá Galiano que, sin ser tan benévolos, admitían cierta hibridación cultural que enriquecería y elevaría por encima del resto el carácter español (Saglia 2014). La semilla del arabismo estaba plantada y germinaría en los siguientes años bajo la figura de Pascual de Gayangos.

Se considera que la disciplina arabista moderna surge con Gayangos en la década de los 40 del ochocientos. De hecho, la primera generación la conforma prácticamente él mismo. El sevillano se dedicó junto al escritor Serafín Estébanez Calderón a una inmensa tarea de recuperación y sobre todo de clasificación de fuentes andalusíes de antiguos archivos que se habían mantenido intactos hasta unas décadas atrás (Rivière 2000). Este trabajo, junto a sus investigaciones, le permitieron ocupar la primera Cátedra de Árabe de la Universidad Central en 1843, creando a partir de aquí toda una escuela de discípulos que diversificarían los estudios (López 2011, Velasco 2009, Santiño 2018). Para la década de los cincuenta, el arabismo español iba a recibir a una segunda generación de arabistas de la cual formarán parte figuras como Leopoldo Eguilaz, Francisco Fernández y González, Francisco Codera, Miguel Lafuente Alcántara o nuestro protagonista Francisco Javier Simonet. Estos autores continuaron discutiendo la identidad romántica de

España desde una perspectiva que solía apropiarse de todos aquellos beneficios que había dejado la civilización árabe en suelo peninsular. Y es que muchos de estos arabistas quisieron acomodar el relato para que el elemento foráneo y oriental no fuera síntoma de debilidad ni el más significativo de la nación, pero sí motivo de orgullo. Mediante un determinismo geográfico de tradición ilustrada los autores pudieron apropiarse de toda la cultura que los árabes produjeron en territorio español. El liberal Fernández y González en su obra culminante como arabista, *Estado social y político de los mudéjares de Castilla* (1866), exponía una de las visiones más benevolentes con este pasado. En ella, el autor dibujaba una tolerante e idealizada sociedad andalusí dominada por pactos de no agresión que contrastaba con la tradicional visión de lucha y opresión de los árabes contra los cristianos. Algo más dubitativo se expresó Francisco Codera el cual, aunque no dudaba de la existencia de los pactos, discutía hasta qué punto estos serían respetados (Rivière 2000: 52-56). Más o menos benevolentes, la gran mayoría de los arabistas en este momento no se atrevieron a negar una inevitable influencia árabe en la formación de la nación española, de hecho, era un elemento a celebrar por la riqueza que ello aportaba a la cultura nacional. Remigio Ramírez, un arabista de alcance más discreto, en pleno auge nacionalista y maurófobo durante la Guerra de África, no dudaba en resaltar la influencia de los árabes en unos usos y costumbres de los españoles que se podían rastrear hasta el presente (López 2011: 50-51). Esta fue ciertamente la línea de pensamiento más seguida en el gremio: los árabes habían aportado una riqueza que otras naciones de Europa no poseían en el medievo.

Paralelamente, la creación de la escuela arabista llegaba en un momento en el que las ansiedades coloniales, tras la pérdida de buena parte de las posesiones americanas, comenzaban paulatinamente a enfocarse hacia el norte de África, lo cual posibilitaría la producción del gremio en términos colonialistas. No es de extrañar, pues, que ya en 1844 el escritor y arabista Estébanez Calderón publicara el *Manual del oficial en Marruecos*, un intento de ofrecer conocimiento (evidentemente desde una perspectiva paternalista típicamente orientalista) sobre un espacio geográfico deseado. Por otra parte, este es uno de los aspectos problemáticos que han ofrecido algunas de las fundamentales obras sobre el arabismo español. Bernabé López (2011: 421) concluía su obra afirmando el «descompromiso de la aventura colonial» del gremio. Esto es cuestionable desde diferentes perspectivas. El autor asume que la disciplina arabista se centró en el análisis introspectivo de la identidad española sin dejar espacio a la proyección exterior. Si bien, en efecto, esto es una peculiaridad del orientalismo español, no debemos pensar que la obsesión arabista por la identidad española era del todo inocente. El lenguaje condescendiente utilizado esencializaba todo un espacio geográfico imaginado desde una mente europea. Es cierto que la producción de este conocimiento no tenía necesidad, ni mucho menos, de estar pensada estrictamente como justificación de campañas coloniales, sin embargo, llegado el momento, muchos de estos materiales podían utilizarse para fundamentar una idea imperial de la nación. Segundo, pretendemos resaltar los vínculos, que en ocasiones parecen ser problemáticos,

entre liberalismo e ideología colonial. En obras como la de Scott Eastman (2021), aunque se ha analizado provechosamente el explícito discurso colonialista de sectores liberales progresistas, al autor no deja de parecerle paradójica la articulación de estos lenguajes y su fuerte contenido religioso. Este es el problema que parece encerrar la figura de Simonet. Su fuerte vocación imperial y catolicismo lo han hecho pasar por acérrimo tradicionalista. Rivière (2000: 86-87) lo sitúa como una «postura extrema» vinculada con el tradicionalismo ya en su discurso de doctorado de 1867; también López (1977) lo califica como un individuo de ideas «anacrónicas» a través de sus publicaciones durante los años de la Guerra de África, o, por su parte, Juan Pablo Domínguez (2021) recuerda exclusivamente su faceta como «asiduo colaborador de la prensa carlista». Esta vinculación con el tradicionalismo sería lo que explicaría su exaltado lenguaje colonial e intolerante. Sin embargo, como veremos, estas ideas pueden rastrearse también en otras coordenadas políticas del autor. Para ello debemos trazar unas pequeñas consideraciones sobre el imperialismo y la identidad nacional española.

2.1. Orientalizados y orientalizantes: imperialismo, arabismo y nacionalismo

Alda Blanco (2012) fue una de las primeras investigadoras en adentrarse en la cultura imperialista española. La autora ha sugerido que más que simples políticas de prestigio, las empresas coloniales españolas reflejaban un imaginario colonial presente en la propia concepción de la nación. Por supuesto que ello lleva implícita una política de prestigio, pero tampoco puede entenderse sin una nación que se imagina como imperio. Prueba de ello fue el ansia por la expansión hacia África de la que podemos encontrar vestigios desde mediados de la década de 1840. Aun así, pese a la temprana expresión de tensión colonial sobre Marruecos que produjo el asesinato de un agente consular español –que se tradujo en textos tan puramente orientalistas como el *Manual del Oficial* de Estébanez Calderón (1844)–, lo cierto es que habría que esperar aún unas décadas hasta el «giro» africanista del imperialismo español, encauzado en ese entonces en un hispanismo americanista que seguía prometiendo ambiguamente «grandes cosas» a la nación (Blanco 2012). Ello tampoco significó la inexistencia de la proyección africanista antes del «Desastre del 98».

Sin embargo, todos estos discursos salieron a relucir con las tensiones con Marruecos a finales de la década de los 50. Antes del propio estallido de la llamada Guerra de África (1859-1860) hubo ya una fuerte producción cultural que se mostraba ansiosa por devolver a España el honor que tantos anhelaban en un mundo de imperios. Muestra de ello pueden ser los textos de prensa que incitaban ansiosamente a tomar la iniciativa ante la escalada de las tensiones (Garrido 2018). El estallido de la guerra reflejó la clara vocación imperial que el nacionalismo español había ido construyendo. Aunque se debe tener cautela a la hora de magnificar el apoyo popular de la contienda, las voces disonantes expresaron sus quejas en un sentido político amplio y no estrictamente contra la empresa en Marruecos (Martín

Corrales 2002, Kühne 2017, Iglesias 2022: 46-51). De hecho, a través del lenguaje belicista se articuló un españolismo que abogaba por la exaltación de lo local, como pudo ser en Cataluña el caso de las analogías de los voluntarios catalanes con los almogávares (García Balaña 2002, Iglesias 2022: 53-55).

No hay duda de que la Guerra unificó en gran manera una forma imperial de ver la nación. Blanco ha destacado en este sentido la intensa producción cultural que siguió al inicio de la contienda. Todo tipo de literatura sirvió para cantar las glorias y heroicidades de los soldados y de una nación que finalmente pasaba a la acción. Y no solo eso. El teatro también ocupó un papel fundamental a la hora de establecer una opinión pública favorable a la guerra. Las obras, aunque de escasa calidad, cumplían con creces el objetivo nacionalizador de unas masas que acudieron a representaciones ampliamente difundidas como *La playa de Algeciras* de Pedro Niceto de Sobrado, *¡Españoles, á Marruecos!* de Diego Segura o *Los moros del Riff* de Luis de Eguilaz, todas estrenadas a las pocas semanas de que estallase el conflicto (Blanco 2012: 35-49, Salgues 2003). Sin embargo, la empresa supo a poco. La paz con Marruecos, aunque concedía importantes ganancias respecto a la situación anterior de España en África (Inarejos 2010), ofrecía una ocupación territorial menor de lo esperada por una expectante opinión pública. Y es que no debemos olvidarlo, España era un Estado con importantes limitaciones económicas que se tradujo en unos esfuerzos coloniales que simplemente no se podían comparar con los grandes imperios (Lezcano 1990). Sin embargo, ello tampoco debe hacer pensar que España fue una excepción en el propio panorama de los imperios europeos. Como ha sugerido Ferrán Archilés (2013: 201-211), la experiencia colonial española debe ser comparada –sin buscar un modelo de imperio normativo– con las experiencias de países como Italia o Alemania. Como se ha demostrado, más allá de los resultados de las empresas africanistas (que no deben menospreciarse melancólicamente), la nación española creó de forma efectiva un otro colonial sobre el cual proyectar su (auto)imagen como metrópoli y las ansiedades de una nación percibida como decadente. De hecho, las limitaciones de las propias capacidades coloniales en comparación con las grandes potencias pudieron incluso incrementar un deseo que animó al despliegue de una amplia imaginación sobre el objeto de deseo de la nación imperial (Archilés 2012 y 2016). La España dominada por un «restauracionismo» fundamentalmente africanista hizo de su cultura imperial una herramienta de nacionalización efectiva frente a un otro constantemente ansiado: África. En un contexto en el que la nación española se imaginaba esencialmente como una entidad imperial ¿qué papel jugaba una disciplina basada en el conocimiento del *otro*?

El arabismo español, al igual que el europeo, creó un cuerpo teórico que aportó herramientas que pudieron interpretarse como justificación de futuras intervenciones coloniales: la mirada paternalista y feminizada, la justificación de un espacio geográfico en decadencia necesitado de civilización o el poder de narrar y conocer al otro... Es cierto que el caso español posee la peculiaridad introspectiva en torno al pasado árabe de la nación, pero ello no niega la compatibilidad

de que también se pudiera proyectar hacia el exterior. Por esta razón, ya fuese de manera voluntaria o involuntaria, los arabistas fueron actores fundamentales en la imaginación de un proyecto colonial español. El *Manual del oficial en Marruecos* de Estébanez Calderón es solo un pequeño ejemplo de la gran producción que vendría con el estallido oficial de la Guerra de África de 1859. Durante el conflicto quedaría patente que el arabismo tuvo un papel fundamental en la definición del *otro* nacional. Y es que, aunque fueran reflexiones sobre el pasado, la concepción del tiempo moderno estuvo también presente en la retórica orientalista, creando un nexo entre los antiguos habitantes de la Península y los modernos habitantes de Marruecos. La narrativa generalizada (por mucho que debamos evitarla) fue la de un pueblo que brilló gracias a la excepcional y europea geografía «española», lo cual en última instancia legitimaría su «conquista» por una civilización española de moral superior gracias a su intrínseco catolicismo. Aun así, se solían afirmar ciertas influencias culturales positivas que permitieron brillar a la «España musulmana» mientras el oscuro medieval dominaba Europa. Gracias a eso, ahora sería misión española devolver la civilización al imperio de Marruecos, que habría entrado en decadencia tras la pérdida del contacto con la Península. No sin diferencias entre autores, esta narrativa se puede ver repetida constantemente a partir de esta primera guerra colonial (Rivière 2000).

La ficción fundacional de la nación española asignó un papel principalmente de alteridad al elemento árabe de su historia, permitiendo una proyección imperial típica de las naciones de la segunda mitad del siglo XIX en la cual los arabistas tuvieron una importante presencia. Primero, como creadores de ese corpus teórico orientalista que otorgaba la opción para la interpretación en coordenadas imperiales. Segundo, como partícipes activos en numerosas sociedades geográficas, africanistas, comerciales..., diseñadas con el propósito de llevar a cabo la tan ansiada tarea civilizadora². Por tanto, podemos pensar que los arabistas sí se implicaron imperialmente, creando una parte relevante del conocimiento sobre el *otro* de la nación. Sí que fue, en todo caso, un gremio relativamente pequeño. Ello significó que para un Estado comparativamente pobre como era el español, la inversión en este grupúsculo nunca fue una prioridad, y esfuerzos más considerables como el que suponía el Centro de Arabistas acabó como un simple sueño de Julián Ribera (López 2011: 210-224). Brevemente, lo que pretendo resaltar es que el arabismo creó un discurso en el que las ansiedades coloniales tenían espacio para desarrollarse mientras se mantenía un diálogo con el mito romántico en un proceso de

2. Figuras como Eduardo Saavedra, Antonio Almagro Cárdenas o Francisco Fernández y González fueron fundadores y socios de organismos como la Sociedad Histórica y Filológica de Amigos de Oriente (1860) o la Sociedad Geográfica de Madrid (1876) de la cual surgiría la Asociación Española para la Exploración del África, mencionar algunas. Podemos citar también que Gayangos fue elegido como Vicecónsul en Túnez en 1848 o que formó parte de la Comisión de España a sus provincias de Ultramar (1867-1869) con la misión de buscar documentos que legitimasen el dominio de las colonias de ultramar.

creación de conocimiento tanto sobre el *nosotros* nacional como del *otro*, entablando una relación recíproca con todo tipo de disciplinas.

3. SIMONET, SU OBRA Y LA GUERRA DE ÁFRICA

Si Simonet ha pasado al recuerdo historiográfico ha sido por su visión intransigente y creativa del pasado andalusí. Su premisa fundamental, que se fraguó paralelamente a su deriva tradicionalista, fue la de que todo aquel avance y brillantez cultural que los musulmanes pudieron ofrecer a la nación española fue gracias a la influencia de los mozárabes que habitaban el territorio ocupado. Es decir, el sustrato cristiano, realmente castizo, fue el que hizo posible el esplendor de los árabes en la Península. Estas ideas las desarrollaré más adelante, pues como digo son la culminación de la obra de nuestro autor. Sin embargo, aunque se ha reconocido una transición en el arabista desde posiciones más moderadas que admitían un considerable grado de influencia antes de su tesis providencialista (López 2005, González Alcántud 2003), no ha habido estudios que cuestionen el porqué, ni el cómo ni su vinculación real con las culturas políticas de la España isabelina antes de acabar en el integrista carlista de los Nocedal. En el siguiente apartado, pues, se analizará el discurso orientalista del Simonet «moderado» que nos servirá para entender mejor su idea de nación a grandes rasgos, entreviendo así algunas características del proyecto colonial liberal.

3.1. ¿Un tradicionalismo innato? Simonet y el filoarabismo

Simonet es recordado como un ferviente carlista, seguramente gracias a la biografía que su discípulo, Almagro Cárdenas, hizo de él. Sin embargo, podemos pensar que fue el propio Almagro (carismático tradicionalista) el que añadió al escrito sobre su maestro un tinte providencialista que aseguraba que el arabista malagueño estaba casi predestinado a formar parte de las filas del carlismo. Esta es la visión que en gran medida ha perdurado en la historiografía. Lo que no se ha tenido en cuenta es, por ejemplo, una juventud marcada por una profunda amistad con figuras como el arquitecto de la Restauración, Antonio Cánovas del Castillo o su mentor y maestro Serafín Estébanez. Simonet, desarrolló su paso hacia la adultez en Madrid rodeado de figuras próximas a la moderada corte isabelina. Este aspecto de su vida fue fundamental en el desarrollo del pensamiento que reflejó en sus primeros textos.

Es importante recordar al autor por sus ideas más influyentes, las cuales desarrolló conforme viraba hacia el ultramontanismo y que, como ha mostrado Juan Pablo Domínguez (2021), tuvieron una difusión muy importante en los círculos intelectuales finiseculares. Algunos se apropiaron acríticamente de sus ideas como Leopoldo Eguilaz, y otros como el propio Julián Ribera y su discípulo Miguel Asín las matizaron superficialmente (Domínguez 2021). También, como ha destacado

Isis Monserrat (2019), influyó incluso en libros de texto franquistas con su visión católica del pasado andalusí. Todavía en la actualidad, Alejandro García Sanjuán (2019) ha vinculado las ideas más extremas de Simonet con una corriente pseudohistórica que llega a negar la conquista árabe. No se puede negar que Simonet acabó en las líneas de un ultramontanismo profundo que lo haría militar en las filas del integrismo durante sus últimos años de vida. Sin embargo, tampoco se debe esencializar toda una trayectoria intelectual a partir de sus dos décadas finales.

En una de sus primeras publicaciones en 1856 en la revista *Semanario pintoresco español* Simonet hablaba «Sobre la poesía oriental». En ella, el autor afirmaba lo que tantos otros liberales habían afirmado en su momento. Los árabes encendieron «una antorcha de ilustración durante las tinieblas de la edad media». No dudaba, además, en subrayar las herencias que estos habrían dejado a los cristianos: «de ellos nos han quedado tantos vestigios en el lenguaje, en las costumbres, y principalmente en la poesía y en las obras del arte»³. Estas posiciones más filoarabistas se pueden ver más explícitamente en su «Discurso sobre la importancia de los estudios árabes», departido con motivo de la inauguración de la Cátedra de Historia Literaria de los Árabes en España en el Ateneo de Madrid (1857). El artículo fue publicado después en *La América*, revista quincenal de orientación liberal.

El texto en sí es toda una apología del pasado andalusí y de la civilización histórica árabe. Esto, como ya hemos visto, no son ideas nuevas ni descabelladas. De hecho, Simonet recupera en gran medida el discurso que popularizó la *Historia* de Conde. Para Simonet los árabes son equiparables a otros «invasores como los romanos y godos» puesto que «les debemos la gloria de haber erigido a España en centro de una brillantísima ilustración, mientras espesas tinieblas de ignorancia envolvían el resto de Europa»⁴. Es más, los árabes no solo habrían iluminado una Europa oscurecida, sino que los españoles, a los cuales explicita como cristianos, habrían heredado de sus dominadores todo tipo de conocimientos científicos y literarios e incluso el idioma «porque sabido es que los mozárabes, aunque conservaban en su lengua algo del latín, hablaban por su mayor parte el idioma de sus señores»⁵. Por esto y por todas las riquezas que aún quedaban en la Península era importante el estudio de la lengua árabe. Así, Simonet se lamentaba de la desatención que los estudios árabes tenían en España, dejando «a los extranjeros el cuidado de hacer aquello a que más estamos obligados»⁶. Y si para el resto de naciones europeas estudiar a los árabes significaba estudiar el «mundo en un gran período, en que ellos solos brillan, y en ellos se refunden todo el saber y la ilustración de los humanos», para los españoles era una cuestión de

3. SIMONET, Francisco Javier: «Sobre la poesía oriental», *Semanario Pintoresco Español*, 11 de noviembre de 1856.

4. SIMONET, Francisco Javier: «Discurso sobre la importancia de los estudios árabes, pronunciados en el Ateneo científico y literario de Madrid (I)», *La América*, 8 de diciembre de 1858.

5. SIMONET: «Discurso sobre la importancia...», 8 de diciembre de 1858.

6. SIMONET: «Discurso sobre la importancia...», 8 de diciembre de 1858.

«gloria nacional», pues representaban en el suelo español la brillantez de la que el medievo europeo carecía.

El malagueño no se quedaba ahí, el glorioso pasado andalusí tenía evidentes consecuencias en los modernos habitantes de la Península. Durante largos apartados, Simonet nos narra cómo siguen presentes hoy en día no solo los restos arquitectónicos, sino también cómo se mantienen las costumbres, los gestos, palabras, formas de hablar...

Incluso se ven discurrir moradores de sangre árabe, revelándolo en el fuego de sus ojos, en lo tostado de la tez y en los rasgos de la fisonomía; y a veces hasta en el traje, pues mucho semeja al de los moros el ordinario de la gente del pueblo en el reino de Valencia, y los mantos y embozos de las mujeres en Tarifa⁷.

Simonet entra así de pleno en el diálogo del mito romántico con argumentos que nos recuerdan a las obras de los autores liberales. Podemos imaginar que en el desarrollo de estas ideas tuvo un papel importante su mentor y amigo Estébanez Calderón. Y es que al igual que en las *Escenas Andaluzas* (1847) de Estébanez, Simonet no considerará el elemento árabe como el predominante, sino más bien como un residuo de un pasado que no deja de ser, eso sí, glorioso.

Nuestro protagonista, debemos recordarlo, provenía de una familia fervientemente católica que no dudó en transmitirle sus valores. Y es por aquí, al igual que para tantos moderados, por donde comenzaba a abrirse la brecha entre el nosotros y el otro en su relato nacional. En este sentido y pese a su constante apología de los saberes de la civilización árabe, estos son representados como dominadores de los cristianos. Es por ello que podemos entender, aun con las numerosas alabanzas a los árabes, que estos signifiquen un yugo para la civilización cristiana. Un «yugo sarraceno» que, incluso desprendidos los cristianos de este, no evitó «continuas y aun sangrientas reyertas con los nunca bien dominados moriscos» lo que justificaba que «se mirase con odio todos los monumentos árabes, y en particular sus libros se condenaron miserablemente al fuego por el tribunal de la inquisición»⁸.

Pienso que no podemos leer estas líneas sin que nos recuerden a los argumentos que José Amador de los Ríos ofreció en su obra *Estudios históricos, políticos y literarios de los judíos en España* (1848). En ella, el autor establecía una serie de argumentos que se harían paradigmáticos para el moderantismo de mediados de siglo. Básicamente, lo que De los Ríos remarcaba era la necesidad de aplicar medidas tan drásticas como la expulsión de los judíos para lograr una homogeneidad religiosa para la nación (Rivière 2000: 84-85). Simonet presenta aquí unos argumentos parecidos pero aplicados esta vez a los moriscos, retratándolos como ingobernables, lo cual a la larga no dejaría otra opción que su expulsión.

7. SIMONET, Francisco Javier: «Discurso sobre la importancia de los estudios árabes, pronunciados en el Ateneo científico y literario de Madrid (II)», *La América*, 24 de diciembre de 1858.

8. SIMONET: «Discurso sobre la importancia...», 8 de diciembre de 1858.

Así pues, aunque la civilización árabe no deja de ser un pasado que celebrar, es posible celebrarlo en tanto que Simonet consigue apropiarse determinados elementos traídos por estos que marcarían un grado superior de civilización en la nación española. Por último, debemos recordar que el discurso fue dado en 1857, momento en el que las tensiones entre España y Marruecos se estaban agudizando. Para Simonet fomentar los estudios árabes, concluye, no es solo una obligación si queremos conocer el pasado nacional, es fundamental también para reivindicar «los antiguos derechos que nos asisten para tener templos y casas de misión en el imperio de Marruecos», al igual que para «dilatarse algún día por esas comarcas, teatro de nuestras antiguas glorias, la religión del Crucificado y la dominación española»⁹. El autor considera que España no solo está legitimada para intervenir con misiones evangelizadoras, sino también para ocupar las tierras de un imperio decadente. Si bien ya parecen ir quedando claras las intenciones, tendremos material de sobra para analizar las ansias expansionistas de Simonet que se muestran al estallar el conflicto africano.

3.2. La Guerra de África

Hemos visto que la tesis más extendida sobre el arabismo español es que, o bien no participó o bien participó de forma muy reducida en la proyección colonial española. Según los estudios producidos hasta hoy, los arabistas se habrían preocupado por poco más que la proliferación de su disciplina, dejando de lado un aparentemente obligado objetivo imperialista del orientalismo. Simonet ha sido visto como la excepción dentro del gremio también en este sentido. Para López, por ejemplo, el malagueño representaría prácticamente el único ejemplo de una ideología explícitamente colonial, y esto estaría estrechamente relacionado a su tradicionalismo arcaizante (López 1977). No obstante, el análisis discursivo de nuestro protagonista en el apartado anterior nos ha mostrado un Simonet que podríamos encuadrar con el liberalismo moderado hacia 1858 y definitivamente en 1862, cuando, por ejemplo, dedica un poema a la reina Isabel II¹⁰. No es raro que sujetos históricos transicionen rápidamente de una cultura política a otra, pero debemos ver si el conflicto colonial acabó realmente con el filoarabismo de Simonet.

El 8 de octubre de 1859, a escasas dos semanas del inicio del conflicto con Marruecos, Simonet compartía espacio en *La América* con el demócrata Emilio Castelar. El futuro presidente de la República exhortaba a la proyección belicista y el despertar de la nación en una llamada sin escrúpulos a la guerra, algo nada extraño en la prensa en aquellos días¹¹. Por su parte Simonet concluía el segundo artículo de lo que iba a ser parte de su disertación de defensa de doctorado sobre

9. SIMONET: «Discurso sobre la importancia...», 8 de diciembre de 1858.

10. SIMONET, Francisco Javier: «A S. M. La Reina en su visita a Granada», *La albambra*, 10 de octubre de 1862.

11. CASTELAR, Emilio: «La Guerra de Africa», *La América*, 8 de octubre de 1859.

«La edad de oro de la literatura árabe en España». En el texto el malagueño celebra la riqueza de las letras árabes, sin embargo, ello es posible al seguir el determinismo geográfico al que tantos colegas suyos recurrieron. Era un recurso ya presente en figuras como Miguel Casiri o Juan Francisco Masdeu, los cuales sostuvieron la importancia, al igual que Montesquieu, que el clima tenía en el desarrollo de caracteres nacionales, permitiéndoles ensalzar la cultura árabe en la Península (Domínguez 2021: 3-4). Heredado por los padres del arabismo moderno español como Conde o Gayangos, Simonet también había utilizado estos argumentos en su discurso del Ateneo. Para nuestro autor,

(e)l espectáculo de la naturaleza y bellezas de estas regiones, sobre todo en los deliciosos climas de Andalucía y Valencia, no suministraron menos inspiraciones a la imaginación ardiente y sensual de los árabes que en otro tiempo las decantadas regiones de la Siria y el Yemen¹².

Así el arabista se permite usar conceptos como «árabes españoles». El nacimiento de autores brillantes, aunque sean árabes, en la geografía peninsular hace posible calificarlos también como españoles. Simonet no solo «españoliza» la brillantez de su cultura en la medida de lo posible, sino que hace ver cómo el territorio peninsular se sobrepone a un islamismo despótico. Este relato queda reflejado cuando diferencia explícitamente a los «árabes españoles» del esplendoroso Califato Omeya de Córdoba de «las grandes turbas africanas de Almorávides y Almohades, gente ruda, fanática y de extraño origen»¹³. Con el fin del califato cordobés terminaba la edad de oro de la literatura árabe y dejaba paso a una dominación extranjera por los despóticos musulmanes de África que poco o nada traían de original en sus artes y ciencias.

El esplendor literario de los omeyas en la Península era un hecho que debía celebrar la nación española. Era un elemento que según la interpretación de Simonet no debía verse como algo extranjero. El malagueño apropió y españolizó el esplendor literario de los omeyas en la Península, enriqueciendo una nación que brillaba radiante ante una Europa sumida en las tinieblas. Pero el estudio de este pasado brillante no solo era importante para resaltar glorias nacionales, pues Simonet consideraba que «está destinada nuestra España para devolver a los nietos de nuestros antiguos dominadores el imperio y la ilustración que de ellos en otro tiempo recibimos»¹⁴.

De nuevo el malagueño alude al destino de los españoles en la otra orilla del Estrecho, pero esta vez les reconoce además una misión civilizadora, entendida como una devolución de favores a un imperio que se encontraba en decadencia

12. SIMONET, Francisco Javier: «La edad de oro de la literatura árabe en España», *La América*, 8 de octubre de 1859. Se refiere a Siria y Yemen como lugares de inspiración de la raza árabe *antes* (y esto es importante remarcarlo) del Islam.

13. SIMONET: «La edad de oro...», 8 de octubre de 1859.

14. SIMONET: «La edad de oro...», 8 de octubre de 1859.

desde que abandonó tierras españolas. Si Simonet ya se mostró ansioso por lanzar una campaña en África en su discurso del Ateneo de 1857, en esta ocasión no iba a dejar pasar su vocación imperial.

Unos días después de la declaración de guerra por parte del gobierno de O'Donnell, Simonet volvía a aparecer en prensa con una ferviente celebración y justificación del conflicto. Uno de los recursos más utilizados fue el testamento de Isabel I, en el cual dejaba por escrito que los reinos debían continuar con la expansión hasta el otro lado del Estrecho (Blanco 2012: 27-35). El artículo de nuestro protagonista no escapó a este relato del pasado legitimador y comenzaba el artículo citando el fragmento de dicho documento «E que no cesen la conquista de África»¹⁵. Esta justificación histórica de la empresa es una idea clave que se repite a lo largo de este primer texto como también en los otros tantos que escribió durante el conflicto. Para Simonet el esfuerzo imperial es el destino de una nación que ya desde largo tiempo pretérito se proyectaba sobre África. Desde Isabel I el «natural engrandecimiento» de la nación española se encontraba allí. Ante este afán africanista el arabista llega a considerar la conquista de América como una distracción de los deberes reales de la nación y lamenta la paulatina pérdida de presencia española durante los siglos anteriores que llevaron a la desaparición de los dominios en el vecino continente¹⁶. Por ello, nuestro autor celebra la situación de una nación que parecía reencontrarse con su destino y glorias.

No fue este el único argumento historicista que utilizó el malagueño. Entre ellos no podemos olvidar tampoco el medievo. Los «moros» eran los enemigos naturales de los españoles y, si bien habían traído la civilización a la nación, ahora era el momento de que la civilización europea devolviera al norte de África lo que este le concedió en el pasado. En este sentido los españoles eran los mejor preparados para tal misión: «por la semejanza del clima y naturaleza en que vive, por la sencillez y frugalidad de su vida, por su mismo ingenio, espíritu y carácter, es más a propósito para aclimatarse en África que el francés o cualquiera otro europeo»¹⁷.

Por otro lado, ya hemos visto cómo el autor españoliza u orientaliza a los árabes según su interés en la brillantez cultural que estos pudieran otorgar a la nación. Por eso, tras el califato cordobés Simonet interpreta a las dinastías almorávides y almohades como africanos y despóticos dominadores de los cristianos. Así podemos explicar que en un momento de auge belicista el malagueño nos hable en tono de venganza: «este conocimiento y trato juntos con la creencia razonable sin duda de que la Providencia tiene predestinado a la España cristiana el devolver a su vez a los africanos las cadenas con que ellos nos habían cargado»¹⁸. Los africanos se convertían ahora en seres irracionales y bárbaros. Eran en gran parte culpables de que España lanzase sobre ellos el preparativo militar, pues incapaces de respetar

15. SIMONET, Francisco Javier: «La empresa de África», *La América*, 8 de noviembre de 1859.

16. SIMONET: «La empresa...», 8 de noviembre de 1859.

17. SIMONET: «La empresa...», 8 de noviembre de 1859.

18. SIMONET: «La empresa...», 8 de noviembre de 1859.

las leyes y los honores de las naciones, los marroquíes no cesaron en producir agravios a los españoles. Esto, según el Simonet licenciado en Derecho, legitimaba a la nación española a emprender acciones que restaurasen la reputación herida. Y no solo eso, según su lógica, era también deber conquistar estos dominios, pues aparte de los agravios sufridos, los marroquíes se mostrarían indomables y no aceptarían ningún tipo de tratado ni de capitulación, en cuyo caso «el vencedor gozará de un derecho indisputable para llevar a cabo la conquista, y tal es el que hoy asiste a España en su empresa de África»¹⁹.

La dialéctica del honor nacional herido por los agravios de los marroquíes y regenerado con la guerra fue también una constante. España no solo debía resarcirse ante un enemigo decadente y oriental –con todo lo que ello implicaba–, también debía dar un golpe sobre la mesa ante el resto de naciones occidentales y situarse de nuevo en el pabellón de las potencias imperiales. Esto no puede entenderse sin una concepción imperial de la nación. El término «prestigio», tan utilizado por Simonet como por otros autores, no refiere a otra cosa que a crear un imperio que compita con el resto de potencias coloniales. Por eso Tetuán solo debía ser el inicio de una nueva proyección española hacia el exterior, el malagueño afirmaba que para el

engrandecimiento español, no podemos conceptuar como un hecho aislado la actual campaña de África, sino como la renovación de una antigua política que, tarde o temprano, habrá que proseguir, pues en ella está poderosamente interesado el porvenir de nuestra nación²⁰.

No quedan dudas después de estos párrafos de que Simonet pudo imaginar una nación colonial y expansionista, y no por ello debemos clasificarlo como ferviente tradicionalista. El fervor belicista se expandió a todos los grupos políticos –con diferentes objetivos y justificaciones, eso sí– por muy diferentes que fueran las ideologías (García Balañá 2002 y Eastman 2021: 23-41). Así, en el pensamiento de un Simonet moderado dominado por el pensamiento religioso, la Providencia será un factor clave en el triunfo de los españoles en la guerra, un hecho que otorgaba a la nación un honor sin igual desde la Guerra de Independencia. La nación quedaba imaginada de forma muy clara, pero como todo discurso belicista, se dibuja necesariamente en consonancia con un discurso sobre el *otro*.

A lo largo de los artículos que Simonet publica en el periodo de la Guerra dibuja la imagen de un imperio enemigo decadente, «alcázar de barbarie y fanatismo». Y si bien como arabista había recalcado la brillantez del pueblo árabe en determinados períodos en suelo español, la «restauración» cristiana y la posterior expulsión de los moriscos de España sumió a estos en una decadencia que se arrastraba hasta el presente. Esto mantuvo a los marroquíes en un estado de

19. SIMONET, Francisco Javier: «Del derecho de guerra y de conquista», en *La América*, 24 de febrero de 1860.

20. SIMONET, Francisco Javier: «La conquista de Tetuán», en *La América*, 8 de marzo de 1860.

barbarie, desde la piratería berberisca hasta el asesinato del cónsul Víctor Darmón en 1844, los marroquíes «no conocen otro derecho que la fuerza»²¹. Faltos de cualquier civilización, correspondía a España civilizar aquellos territorios, tarea que tampoco se entendía sin una estrecha vinculación a una empresa cristiana paralela.

Continuando con el relato sobre el *otro*, Simonet publicó a finales de 1859 un artículo en el cual se adentraba en la historia de la civilización en África. El texto nos muestra perfectamente varios debates que estuvieron abiertos entre diferentes aproximaciones al conflicto. Conceptos como los de civilización y barbarie adquirieron diferentes significados para cada cultura política. María Luisa Sánchez-Mejía ha sugerido, por ejemplo, que el concepto de barbarie o fanatismo estuvo discutido por un progresismo que utilizaba el adjetivo como peyorativo de cualquier religión que se cegara en la espiritualidad, mientras que el conservadurismo y el antiliberalismo no dudaron en asociarlo exclusivamente con la religión musulmana. Por otro lado, la mayoría de sectores políticos se permitió relatar sobre la civilización árabe una concepción no lineal de su progreso. Los árabes habían tenido periodos de idas y venidas, lo que explicaba su brillantez en el medievo y su decadencia ahora. Sin embargo, el objetivo de la empresa fue diferente para unos y otros. Si bien ambos coincidían en el proyecto civilizador, hubo sectores entre progresistas y demócratas que incluso dudaron del derecho de conquista, mientras que desde el conservadurismo y el ultramontanismo se enfocó como una nueva oportunidad de esparcir la verdadera fe (Sánchez-Mejía 2013). En nuestro caso, para Simonet la misión civilizadora cobra un peso fundamental, pues pese a no compartir el afán misionero que podrían presentar los sectores ultramontanos, como buen moderado, Simonet es capaz de articular una idea de civilización que tampoco se entiende sin el catolicismo y que a su vez también tiene ojos para buscar el beneficio comercial de estas tierras. En el texto que nos interesa aquí, esta vinculación entre civilización casi como sinónimo de cristianismo es indiscutible.

El malagueño nos reconstruye la historia del noroeste de África desde la antigüedad. Introduciéndose de pleno en los discursos raciales, estos condicionarían en todo momento el desarrollo de la civilización africana. Así, en África habría dos familias raciales, la semita y la camita. A lo largo del artículo, lo que Simonet nos muestra es que, al contrario de lo que otros pensadores europeos como Ernest Renan o Reinhart Dozy pudieran decir, los semitas sí fueron capaces de desarrollar un buen grado de civilización. Signo de ello serían, por ejemplo, los fenicios y árabes. Sin embargo, al igual que ya lo hicieron figuras como James Mill, reconocer la brillantez de una civilización (como la india, en su caso) era posible porque nunca era una civilización plena, siempre carecería de alguna virtud fundamental (Sánchez-Mejía 2013: 49). Los fenicios y cartagineses, aunque ricos y prósperos gracias a su comercio, no supieron exportar la civilización a otros pueblos, dejando solo «devastación y despojo» a los pueblos que conquistaron. Igual sucedía con los árabes. Aunque más sutil, Simonet solo nos habla de su esplendor literario y artístico,

21. SIMONET: «La empresa...», 8 de noviembre de 1859.

incapaz de igualar la elevación del individuo como la moral cristiana. Aun así, ello no impide que los elogios a «nuestros árabes» continúen incluso en tiempos de guerra²². Por su parte, los camitas, encarnados en los bereberes, serán el blanco de las críticas, los encargados de destruir cualquier resto de civilización por donde pasan. Estos habrían sido los que terminaron con la civilización romano-cristiana en el norte de África y con la brillantez de la dinastía Omeya en la Península²³.

Narrar al *otro* africano sirve además para perfilar definiciones de conceptos tan importantes para la modernidad como el de civilización. En este caso, Simonet vincula el concepto de civilización casi como un sinónimo de catolicismo. Esto hace que un elemento tan fundamental para los valores europeos como la civilización romana no alcance su perfección hasta el edicto de Tesalónica y la oficialización del cristianismo. Así, la regeneración de imperio marroquí correspondía a «España como nación católica y verdaderamente civilizadora [...] como lo hizo en el Nuevo Mundo». Por último, la nación debía regenerar un país el que tras su expulsión de la tierra que les hizo brillar eran

Ajenos á todo progreso, no han dado un solo paso en las ciencias, y así su geometría es la del griego Euclides, su física la de Aristóteles, su cosmogonía la del Corán, y su cosmografía la de Ptolomeo; su medicina consiste en algunas prácticas supersticiosas, y no cultivan ni la geografía ni la anatomía ni la historia natural. La depravación de su lengua, última cosa que pierde un pueblo degenerado, es tal, que confunden las letras [...] y en fin, no se entienden ellos mismos. En cuanto a lo demás, desconocen todas las comodidades, mejoras e inventos que son familiares a la Europa civilizada [...], y en fin, todo se halla en aquel país en notable atraso, miseria y abandono²⁴.

Los textos que escribió Simonet durante los años de la Guerra de África nos sugieren una serie de conclusiones. La primera debe ser la reconsideración del papel que el arabismo tuvo en la construcción de una concepción imperial de la nación, pues todo apunta a un lugar nada despreciable. Al igual que el grueso de la opinión pública intelectual, los arabistas promulgaron a través de todo tipo de escritos y discursos la misión civilizadora de España en la otra orilla del Estrecho. Por otra parte, la tradicional narrativa del Simonet imperialista debido a su orientación tradicionalista resulta problemática. Primero, por pensar que el liberalismo no podía asociarse con el imperialismo, y segundo, porque el malagueño nos muestra, sobre todo a través de su pensamiento en torno a la civilización y el objetivo de la conquista, que se encontraría en un espectro del liberalismo moderado o conservador el cual, si bien no apostaba por una empresa de carácter plenamente misionera, sí hacía de la religión el estandarte del verdadero progreso. Todo ello con un ojo puesto en el desarrollo económico y comercial que ello aportaría; y en

22. SIMONET, Francisco Javier: «La civilización en África», *La América*, 8 y 24 de diciembre de 1859.

23. SIMONET: «La civilización...», 24 de diciembre de 1859.

24. SIMONET: «La civilización...», 24 de diciembre de 1859.

fin, la percepción de que era una gesta que despertaría a España de su decadencia y la resituaría en el lugar que merecía históricamente.

Finalmente, podemos observar cómo Simonet reproduce una característica fundamental en el orientalismo español. Esto es la conjugación de ese «filoarabismo» de tradición ilustrada que sostenía la brillantez de la civilización árabe en la península ibérica a la vez que promulgaba la profunda decadencia y barbarie que regía en los actuales países de Oriente y África. Esto podía dar pie a la legitimación de una intervención que permitiera regenerar y civilizar a estos pueblos, ratificando la europeidad de la nación española y eclipsando cualquier elemento oriental que no fuera de ayuda en esta gesta. Así, Simonet fue una voz más que desde sectores moderados del liberalismo apoyó una campaña militar que movilizó exitosamente el fervor nacionalista.

3.3. ¿Y el resto?

Uno de los problemas que encontramos al estudiar el arabismo en estos parámetros, es que la historiografía ha tendido a apartar el objeto de todo su entorno. Y es que se ha interpretado al arabismo como un gremio que fue impermeabilizándose de las corrientes de pensamiento que recorrían el territorio español. Esto ha permitido formular postulados como que el arabismo optó por la indiferencia imperialista y/o nacionalista (López 2011: 421). En este texto, en parte, pretendo reconsiderar algunas de estas tesis, que, en mi opinión, podemos cuestionar si las enfocamos como un apéndice de la narrativa (o ya metanarrativa, si se quiere) del «fracaso español» (Archilés 2011). Con ello, me he basado principalmente en la figura de Francisco Javier Simonet, una figura con cierta repercusión en el espacio público del momento. Sin embargo, no podemos extrapolar lo singular de nuestro autor hacia lo general del gremio, por ello he tratado de analizar muy brevemente las actividades de diferentes arabistas en el mismo marco temporal marcado por las tensiones y fervores imperialistas dirigidas hacia el norte de África.

Uno de los protagonistas del arabismo de la segunda mitad de siglo sería Francisco Fernández y González. Defensor de los beneficios que la civilización árabe habría dejado en el espíritu de la nación española, no dudó en responder al discurso de doctorado de Simonet de 1862, en el cual el tono filoarabista del malagueño comenzaba a menguar notablemente²⁵. En su respuesta, Fernández responde con una visión del pasado mucho más idealizada. Esto nos permite ver una lectura diferente dentro de dos corrientes del liberalismo. Simonet y su escepticismo aparecen paralelamente junto a su acercamiento paulatino hacia sectores más conservadores. Por otra parte, Fernández, aún progresista en estos momentos,

25. SIMONET, Francisco Javier, *Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central por D. Francisco Javier Simonet en el solmene acto de recibir la investidura de doctor en Filosofía y Letras*, Imprenta de D. José María Zamora, Granada, 1867.

no duda en mostrar su narrativa más benévola. Sin embargo, lo interesante para lo que nos concierne en este texto es cómo finaliza su respuesta Fernández:

Colocada España como la cabeza de Europa que avanza entre dos mares hacia el continente africano, parece destinada por el Altísimo a la civilización de las vecinas costas; poblada de antiguo por colonias venidas del país de allende el Estrecho, tiene vínculos históricos particulares que la unen a esta parte del mundo. No olvidemos que cuando los Galos vivían en los bosques y el Picio y el Bretón apenas se arriesgaban en las costas, la civilización antigua africana, que dominaba en el mediodía de la Península, podía competir con la griega, que a su vez procedía del Egipto. Unidos los Españoles por su elemento semítico y africano a las primogénitas ramas del humano linaje²⁶.

En estas líneas el autor unifica la narrativa de la brillantez andalusí que había alumbrado el oscuro medievo con las nuevas glorias que aseguraba la expansión imperial sobre el vecino continente. Pasado medieval y presente se unían en una muestra de imperialismo que fue común en todas las esferas de la sociedad (Blanco 2012).

Por otra parte, debemos observar también que, dentro de los límites de la investigación llevada a cabo, parece ser que los demás arabistas españoles no tuvieron un protagonismo publicista como el que tuvo Simonet en este momento de exaltación africanista. Pese a ello, la producción literaria del gremio tampoco es que cesara. Fue un momento en el que, seguramente, gracias a la popularidad que la guerra supuso para estos temas, diferentes arabistas publicaron todo tipo de investigaciones y disertaciones en torno a temas y conceptos como la «civilización», el «progreso» o, más específicamente, sobre el análisis de grabados, literatura y todo tipo de saberes en torno al pasado andalusí²⁷. La gran mayoría de esto textos, salidos de plumas liberales, situaban en los márgenes de la nación el elemento árabe convirtiéndolo en el *otro* de la identidad nacional española. En todo caso, visiones más o menos positivas coincidían en que lo árabe brilló en buena medida por las posibilidades que les dieron el paisaje y clima peninsular, concordando con posturas típicas del determinismo geográfico (Domínguez 2021)²⁸.

26. SIMONET, Francico Javier y Fernández y González, Francisco, *Discursos leídos ante el claustro de la Universidad Literaria de Granada, en el solemne acto de la recepción del Ldo. Francisco Javier Simonet como catedrático... de lengua árabe en la Facultad de Filosofía y Letras el día 15 de Setiembre de 1862*, Imprenta D. José María Zamora, Granada, 1866, p. 141.

27. AMADOR DE LOS RÍOS, José, *Discurso de D. José Amador de los Ríos leído ante la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando en su recepción pública*, Imprenta de D. José María Zamora, Granada, 1859; LAFUENTE ALCÁNTARA, Emilio, *Inscripciones Árabes de Granada, precedidas de una reseña histórica y de la genealogía detallada e los reyes Alabmares*, Imprenta Nacional, Madrid, 1859; MORENO NIETO, José, «Civilización: su espíritu y tendencias: bienes ó males que deberán esperarse ó temerse de la civilización moderna: así en el orden material como en el moral» en *Crónica de Ambos Mundos*, 15 y 22 de julio de 1860; RAMÍREZ, Remigio, *España cristiana y mahometana (breve descripción geográfica según los historiadores árabes)*. *Discurso leído por el Dr. D. Remigio Ramírez González*, Imprenta del Colegio de sordo-mudos y de ciegos, Madrid, 1861.

28. EGUILAZ, Leopoldo, *Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central*, Imprenta de Manuel Galiano, Madrid, 1864.

Aunque sería arriesgado plantear que estos postulados se hicieran teniendo en mente exclusivamente la idea de la expansión imperial española, tampoco eran saberes inocentes. Las posibilidades de interpretación en estas coordenadas quedaban abiertas para que pudiera ser así. Además, tampoco debe quedarse todo en la producción literaria. Los arabistas tomaron parte importante en el esfuerzo imperial de otras formas más prácticas. Emilio Lafuente Alcántara fue enviado durante los primeros meses de 1860 a Tetuán en busca de fuentes relativas al pasado andalusí peninsular. En esta línea, de creación de un corpus de conocimiento sobre un sujeto alterno que permitiese su dominio discursivo, Francisco Fernández y González fundó en 1860, con ayuda de Pascual Gayangos, la Sociedad Histórica y Filológica de Amigos de Oriente, con un plan de crear obras y una revista periódica con recopilaciones de manuscritos árabes y estudios arabistas, llevándose a cabo más adelante con un éxito relativo. Los arabistas no se mantuvieron indiferentes al envite imperialista que significó la Guerra de África. Si bien, todo cabe decirlo, no fueron los ideólogos del imperialismo español en este momento, sus aportaciones estuvieron presentes en la creación de una idea de nación imperial. Y es que, cabe recordarlo, las ansiedades coloniales en este momento continuaban centrándose más en el continente americano y las antiguas posesiones del Pacífico antes que en las vecinas orillas. Aun así, este conflicto condicionó en buena medida el posterior desarrollo del arabismo español, el cual comenzaría a centrarse más en el vecino territorio de forma menos sutil de lo que lo había estado haciendo hasta el momento.

4. CONCLUSIONES

El debate en torno al pasado andalusí se sigue escuchando en la sociedad española actual. Existe un andalucismo que idealiza el pasado islámico de la Península al igual que otras voces mantienen su ímpetu en tratar de excluir de cualquier manera este pasado de la ficción fundacional de la nación española. Son debates que no dejan de girar en torno a diferentes ideas de la nación española y en este sentido nos deberían llamar la atención las polémicas que ciertas figuras públicas han animado sobre este tema. Como ya he señalado, García Sanjuán (2016) vinculaba al historiador y arabista Francisco Javier Simonet con un relato nacionalcatólico aún utilizado por pseudohistoriadores reaccionarios actuales. En estas investigaciones, Sanjuán argumentaba que la narrativa construida por el Simonet más reaccionario era la que en gran parte habría nutrido el relato sobre el pasado andalusí del nacionalcatolicismo español. Estas ideas del arabista permitían justificar una esencia católica profunda y presente en la cultura árabe, tanto, de hecho, que este habría sido el elemento predominante en la brillantez cultural andalusí. Sin embargo, Simonet no sostuvo siempre estas ideas y, como he ido mostrando, el pasado musulmán no siempre fue interpretado en términos tan excluyentes, sino que tuvo una serie de voces que abrazaron en buena medida algunos hitos de este. Otra cosa son las narrativas que hayan llegado hasta nuestros días, las cuales,

pasadas por el prisma de una larga dictadura y de relaciones coloniales con el norte de África, fueron dejando en un segundo plano toda una serie de discursos plurales en torno a la identidad española y el pasado árabe (Martín Corrales 2002).

Simonet puede resultarnos una figura especialmente interesante para estudiar toda una serie de conceptos que entrelacen discursos sobre el pasado y proyectos políticos. Su trayectoria profesional nos muestra cómo determinados relatos del pasado andalusí fueron estrechamente vinculados a determinadas culturas políticas. En este sentido, Simonet más que una excepción «anacrónica», como se le ha llegado a considerar, nos resulta un sujeto completamente historizable. Desde una juventud rodeada por personajes próximos a la corte liberal isabelina acabó virando paulatinamente hacia las filas del integrismo carlista. Ello condicionó profundamente su escritura histórica (¿o viceversa?), llevándolo en su madurez académica a rechazar cualquier tesis de hibridación racial o cultural entre la población autóctona y los musulmanes.

Por su parte, el arabismo tuvo –desde su redefinición moderna a principios del siglo XIX– a la nación como sujeto central de sus estudios. No hay que olvidar que su principal objetivo en España, en este caso como peculiaridad frente al resto de Europa, era el de la introspección identitaria. Los arabistas se especializaron no solo en historia, hermenéutica y escritura árabe, sino que comenzaron a realizar estudios sobre lengua, literatura o arte, entre otros aspectos, para averiguar hasta qué punto había existido una influencia clara o no en el carácter español. Es más, en esta encrucijada entre el Oriente interno y externo el arabismo español proyectó una imagen orientalista sobre las cercanas costas africanas que nutrió de un cuerpo teórico a proyectos coloniales posteriores.

Para concluir, debemos entender que la escuela o el gremio arabista español es una zona de contacto entre diferentes conceptos y categorías analíticas fundamentales en la historiografía actual. Nación, género, raza, imperialismo, orientalismo... todo tipo de identidades se construyen a través de estos autores y, sin embargo, aún son pocos los estudios que se han interesado por ellos. Como he querido mostrar en estas páginas, Francisco Javier Simonet pudo articular una narrativa orientalista que fluctuó desde su filoarabismo correspondiente a su fase de moderación política hasta una profunda intransigencia con el pasado y la cultura musulmana, que floreció conforme se acercó a sectores más y más tradicionalistas. Sin embargo, pese a que su argumentario variara, una profunda idea de vocación imperial estuvo siempre muy presente durante toda su obra. Simonet es, en este sentido, una figura especialmente interesante a través de la cual se pueden explorar ideas y discursos (sobre la nación, alteridad, progreso...) tanto liberales como antiliberales, además de sus límites y puntos de contacto.

REFERENCIAS

ANDREU, Xavier (2005): «El triunfo de Al-Ándalus: las fronteras de Europa y la “(semi)orientalización” de España en el siglo XIX», *Saitabi*, 55, pp. 195-210.

- ANDREU, Xavier (2009): «¡Cosas de España! Nación liberal y estereotipo romántico a mediados del siglo XIX», *Alcores*, 7, pp. 39-61.
- ANDREU, Xavier (2016): *El descubrimiento de España. Mito románico e identidad nacional*. Madrid: Taurus.
- ANDREU, Xavier y Mónica BOLUFER (2023): «Introduction», en Xavier ANDREU y Mónica BLUFER (eds.): *European Modernity and the Passionate South*. Boston/Leiden: Brill, pp. 1-14.
- ARCHILÉS, Ferran (2011): «Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea», en Ismael SAZ y Ferran ARCHILÉS (coords.): *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*. Zaragoza: PUZ, pp. 245-330.
- ARCHILÉS, Ferran (2012): «Piel moruna, piel imperial. Imperialismo, nación y género en la España de la Restauración (c. 1880 - c. 1909)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42, 2, 2012, pp. 37-54. DOI: <https://doi.org/10.4000/mcv.4530>
- ARCHILÉS, Ferran (2013): «¿Ni imperio ni imperialismo? El imaginario nacional español y el imperialismo africanista en la España de la Restauración (c. 1880 - c. 1909)», en Ferran ARCHILÉS, Marta GARCÍA CARRIÓN e Ismael SAZ (eds.): *Nación y nacionalización: una perspectiva europea comparada*. Valencia: PUV, pp. 201-224.
- ARCHILÉS, Ferran (2016): «¿Una cultura imperial? Africanismo e identidad nacional española en el final del siglo XIX», *Storicamente*, 12, pp. 1-25. DOI: 10.12977/stor621
- BLANCO, Alda (2012): *Cultura y conciencia imperial en la España del siglo XIX*. València: PUV.
- BOLUFER, Mónica (2016): «Orientalizing Southern Europe? Spain through the eyes of foreign travellers», *The Eighteenth Century*, 57/4, pp. 451-467. DOI:10.1353/ecy.2016.0031
- DOMÍNGUEZ, Juan Pablo (2021): «De “España árabe” a “España musulmana”: al-Andalus bajo el prisma antisemita (1847-1945)», *Al-Qantara*, 42/1, DOI: <https://doi.org/10.3989/al-qantara.2021.v42.i1>
- EASTMAN, Scott (2021): *A missionary nation. Race, religion and Spain's liberal imperialism*. Nebraska: University of Nebraska Press.
- FERNÁNDEZ, Paz (1991): *Arabismo español del s. XVIII: origen de una quimera*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional.
- GARCÍA BALAÑA, Albert (2002): «Patria, plebe y política en la España isabelina: la Guerra de África en Cataluña (1859-1860)», en Eloy MARTÍN CORRALES (ed.) (2002): *Marruecos y el colonialismo español. De la Guerra de África a la penetración pacífica (1859-1912)*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, pp. 13-78.
- GARCÍA SANJUAN, Alejandro (2016): «La persistencia del discurso nacionalcatólico sobre el Medioevo peninsular en la historiografía española actual», *Historiografías*, 12, pp. 132-153.
- GARCÍA SANJUAN, Alejandro (2019): *La conquista islámica de la península ibérica y la tergiversación del pasado. Del catastrofismo al negacionismo*. Madrid: Marcial Pons.
- GARRIDO GUIJARRO, Óscar (2018): «El papel de la prensa y la opinión pública en el desencadenante de la Guerra de África (1859-1860)», *Norba. Revista de Historia*, 31, pp. 257-281.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (2003): «El mito fallido sacromontano y su perdurabilidad local a la luz del mozarabismo maurófono de F. J. Simonet», *Al-Qantara*, 2, pp. 557-574.
- IGLESIAS AMORÍN, Alfonso (2022): *Marruecos, panteón del Imperio español (1859-1931)*. Madrid: Marcial Pons.
- INAREJOS, Juan Antonio (2010): *Intervenciones coloniales y nacionalismo español. La política exterior de la Unión Liberal y sus vínculos con la Francia de Napoleón III (1856-1868)*. Madrid: Sílex.
- KÜNHE, Ina (2017): «“¡Patria, ja tornas á tenir historia!”. La influencia de la Guerra de África sobre el desarrollo de la identidad catalana», en Christian von Tschiltschke y Jan-Henrik

- WITTHAUS (eds.): *El otro colonialismo. España y África, entre imaginación e historia*. Frankfurt: Iberoamericana Editorial Vervuert, pp. 77-104.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernabé (1971): «F. J. Simonet ante el colonialismo (1859-1863): unos artículos en *La América*», *Cuadernos de Historia del Islam*, 1, pp. 159-178.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernabé (1977): «Expansión colonial e ideología religiosa. Un caso típico: el africanismo y arabismo de la segunda mitad del siglo XIX español», *Actas del Primer Congreso Islamo-Cristiano*, Asociación para la Amistad Islamo-Cristiana, Madrid, pp. 155-162.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernabé (2005): «Origen, gestión y divulgación de la *Historia de los mozárabes* de Francisco Javier Simonet (con una bibliografía del Simonet publicista)», *Awraq*, 22, pp. 183-212.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernabé (2011): *Orientalismo e ideología colonial en el arabismo español (1840-1917)*. Granada: EUG.
- MARTÍN CORRALES, Eloy (ed.) (2002): *Marruecos y el colonialismo español. De la Guerra de África a la penetración pacífica (1859-1912)*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- MARTÍN CORRALES, Eloy (ed.) (2002): *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica, siglos XVI-XX*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- MONSERRAT, Isis (2019): «Entre maurofobia y maurofilia: formación e impacto del pensamiento historiográfico de Francisco Javier Simonet», *REIM*, 27, pp. 203-223. DOI: <https://doi.org/10.15366/reim2019.27.013>
- MORALES LEZCANO, Víctor: «El Norte de África, estrella del Orientalismo español», *Awraq*, 11, 1990, pp. 17-34.
- RIVIÈRE GÓMEZ, Aurora (2000): *Orientalismo y nacionalismo español. Estudios árabes y hebreos en la Universidad de Madrid (1843-1868)*. Madrid: Dykinson.
- RODRIGUEZ MEDIANO, Fernando (2017): «Al-Andalus, ¿es España? El Oriente y la identidad española en la Edad Moderna», *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 37, pp. 232-248.
- SAGLIA, Diego (2014): «Entre Albión y oriente. Orientalismo romántico y construcción de la identidad nacional en el exilio londinense», en José María FERRI COLL y Enrique RUBIO CREMADES (coords.): *La península romántica: el Romanticismo europeo y las letras españolas del XIX*. Palma de Mallorca: Genuève, pp. 71-90.
- SALGUES, Marie (2003): «Nationalisme et théâtre patriotique en Espagne pendant la seconde moitié du XIX siècle», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 32-36, pp. 257-261.
- SÁNCHEZ-MEJÍA, M.^a Luisa (2013): «Barbarie y civilización en el discurso nacionalista de la Guerra de África (1859-1860)», *Revista de estudios políticos*, 162, pp. 39-67.
- SANTIÑO, Santiago (2018): *Pascual de Gayangos. Erudición y cosmopolitismo en la España del siglo XIX*. Pamplona: Urgoiti Ediciones.
- TORRECILLA, Jesús (2016): *España al revés. Los mitos del pensamiento progresista (1790-1840)*. Madrid: Marcial Pons.
- VELASCO DE CASTRO, Rocío (2009): «Arabismo y colonialismo español: Pascual de Gayangos y la cuestión Marroquí», *Norba, Revista de Historia*, 22, pp. 245-262.

